



Manolo frente a Mari Pili

Las mujeres buscan refugio en la sumisión; los hombres, en la agresividad: el conflicto se mantiene **Manuel Díaz Prieto**

Yo quería un hombre-hombre. Lo conseguí: no me ha respetado nunca". Carmen García Ribas repite la frase de una mujer que acudió a su curso sobre Habilidades de Comunicación para Mujeres Profesionales. Y la repite porque ilustra el peso de los estereotipos de género en los que están atrapados hombres y mujeres y que acaban teniendo efectos perversos en su vida profesional. Y en la privada.

Es el miedo lo que impele a unas y otros a buscar refugio seguro en esos estereotipos y a comportarse de una forma que la profesora García Ribas ha definido como el síndrome Manolo y el síndrome Mari Pili.

Ellos, los *manolos*, han de hacer frente sobre todo al miedo a no ser. Un temor que suele traducirse en agresividad o prepotencia. Mientras que ellas, las *maripilis*, han de lidiar con el miedo a ser, cuya traslación a la vida cotidiana toma forma de sumisión. "A mayor sumisión de unas, más agresividad de los otros. De forma que en la actualidad se produce la paradoja de que muchas mujeres que, a diferencia del pasado, podrían ser independientes, siguen soportando las agresiones, psicológicas o físicas, de su pareja".

En la evolución humana, la sumisión femenina fue un mecanismo de supervivencia. Hasta mediados del siglo pasado se encontraban manuales de educación sentimental que abordaban explícitamente esta sumisión de una forma estratégica: de la elección de tu marido, venían a decir, depende el resto de tu vida, así que no puedes ser frívola al elegir. Pero cuando, poco después, las mujeres comenzaron a lograr la equiparación de derechos, al menos sobre el papel, parecía que tendría que cambiar todo. Entonces, ¿por qué ahora, cuando la sumisión ya no es necesaria para sobrevivir, siguen recurriendo a ella? "Porque vivimos inmersas en el síndrome Mari Pili, y la sumisión ya no es una estrategia, sino un rasgo identitario. Con el agravante de que estas actitudes alimentan a sus contrarias, pues no hacen más que reforzar la prepotencia masculina. De forma que hoy, en vez de ser más independientes, lo que somos es mejores esclavas".

Profesora de la Escuela Superior de Comercio Internacional de la Universitat Pompeu Fabra (ESCI-UPF), Carmen García Ribas constató que en el mundo laboral, a la hora de gestionar el mundo, los hombres se ven empujados a buscar modelos agresivos y prepotentes mientras que el temor de las mujeres a ser rechazadas las convierte en sumisas. "De ahí que las mujeres profesionales se vean frenadas por el temor a consumirse sin amor en la soledad del frío trono de la excelencia profesional. Tienen miedo al éxito, aunque no lo reconocan. Y a la hora de comunicar, ritualizan la sumisión: 'A lo mejor digo una tontería' o 'no sé si sabré explicarme'".

Un ejemplo: Amparo Moraleda, presidenta de IBM España y Portugal, confesó al ser nombrada: "Cuando me promocionaron a mi puesto actual me pregunté si sería capaz de hacerlo. Ninguno de mis compañeros directivos habría tenido tantas dudas".

"Y es que ellas quieren gustar, mientras que ellos se vuelcan en ganar -resume García Ribas-. Sin embargo, las mujeres siguen situando al hombre como hilo conductor de sus vidas. Todos los logros de las mujeres no son nada sin la luz del hombre, lo que arropado por el término feminidad constituyen los factores determinantes de la autolimitación. En la actualidad, las mujeres se forman para ser mejor producto, no para ser comprador. Aumentan su calidad, desean crear valor, pero para optar al mejor postor, no para ganar autonomía".

Las mujeres son mucho más permeables a las emociones que los hombres, y ellas tienen más miedo que ellos a no ser queridas, a la desaprobación. Ese temor comporta no sólo una dificultad a la hora de establecer estrategias, sino que, además, cuando esa mujer recibe un mensaje de desaprobación, por muy sutil que sea, se bloquea y entonces se convierte en una mujer fácilmente manipulable, explica García Ribas. La mujer profesional, añade la experta,

"debe sustituir su modelo mental del la mento por el de la negociación".

Por eso, cuando las mujeres destacan, reciben el castigo de la singularidad. "El modelo actual les dice que pueden ser lo que quieran, pero no es así. A las que tienen éxito en el ámbito profesional, es la familia la que les lanza mensajes de marginación". ¿Qué pasa entonces? Pues que la mayoría "opta por permanecer en una franja intermedia, por no destacar en exceso, porque la singularidad da miedo y cuando se destaca se reciben agresiones".

Hoy la mujer se forma para ser mejor producto, no para ser comprador

Laura Morata, directora de proyectos de la firma de moda Madre Mía del Amor Hermoso, acudió a uno de los cursos de la ESCI-UPF, en un intento de mejorar sus herramientas de comunicación con sus clientes y jefes. "Allí entendí una serie de cosas que al visualizarlas me permitieron cambiarlas. Porque somos nosotras mismas las que nos hacemos autosabotaje de forma inconsciente. Pues, a diferencia de los hom-

bres, tenemos miedo a no ser absolutamente queridas por todo nuestro entorno y una expresión negativa con un jefe o compañero nos puede producir tal grado de angustia que, para evitarla, somos capaces de cualquier cosa, comenzando por callar. De ahí a la sumisión sólo hay un paso".

Mientras tanto, los hombres también parecen atrapados en su propio laberinto, el que García Ribas ha bautizado como síndrome Manolo: "Ellos también sufren; tienen miedo a no ser, al fracaso. Es difícil que lo reconozcan,

vocatoria de los dirigidos a mujeres. "El propio síndrome les impide reconocerse como *manolos*. Pero su arrogancia y prepotencia recoge el aplauso de la sociedad y encuentra muchas mujeres dispuestas a servirlos. De hecho, es el prototipo protegido socialmente, pues los *manolos* acostumbran a llegar a presidentes".

Las consecuencias para la empresa son nefastas. El miedo al fracaso de estos directivos les impulsa a ser arrogantes, a no escuchar a nadie y a cortocircuitar la creatividad de sus colaboradores. El *manolo*, explica Carmen García Ribas, "es aquel hombre lleno de miedo al fracaso, un miedo que le resta capacidad para negociar y motivar a sus empleados, perjudicando, por ende, a su empresa. Es fácil reconocerlos: actúan con chulería, se lamenta porque todo el mundo trabaja sin compromiso, se sienten amenazados por el talento y no confían en su gente. Por lo que gestionar este síndrome suele ser rentable para la empresa".

Ambos síndromes comportan además serios problemas de salud. Lo explica la doctora Marta Rodríguez, jefa de servicio del Centro Médico Delfos: "Es tan alto el nivel de autoexigencia femenina que suele provocar estados continuados de ansiedad que pueden desembocar en depresión. 'Me encuentro mal', dicen en la consulta sin saber definir exactamente qué les pasa. Pero la necesidad de estar a la altura, además de un coste mental, también pasa una factura física en forma de cefaleas, insomnio, mareos, taquicardia o contracturas; lo que se traduce en muchas bajas laborales. Mientras, los *manolos* suelen ir acumulando problemas cardiovasculares".

Perviven los viejos esquemas

El problema es que los medios de comunicación no dejan de reproducir los estereotipos que generan estos síndromes. Y no resulta difícil constatar que las revistas para preadolescentes reproducen este perverso esquema: "David Beckham, harto de Victoria, al borde de la separación", titulaba una. O "Estoy gorda, me doy asco", escribía una jovencísima lectora. "No hacen más que recrudescer los estereotipos. De forma que una chica apenas vea diferencias entre coquetear y seducir y piense que son sinónimos. Pero mientras el primer concepto implica un deseo de gustar, de que te acepten y te quieran, en una clara actitud de sumisión, el segundo nos habla de una mujer capaz de hacer que otros la sigan, de tomar ella la iniciativa", asegura García Ribas.

Un último ejemplo. Ninguna mujer se molestó por la denominación popular con la que la profesora bautizó el síndrome que sufren ellas. Sin embargo, un señor llamado Manuel, de El Escorial, le dirigió una carta indignada por que tal denominación "mancilla mi nombre". Muy *manolo* él. ●

